

## **La noche de Walpurgis**

Por:

José Luis Giménez

Había recibido un extraño telegrama y, si no fuera porque iba dirigido a mi domicilio particular y con mi nombre y apellidos completos, pensaría que se trataba de algún tipo de publicidad o de broma macabra.

Hoy día, debido a la avanzada técnica informática, ya no es muy usual recibir telegramas, pues lo habitual es recibir un correo electrónico, o incluso un mensaje SMS a través del teléfono móvil. Pero al parecer, mi enigmático comunicante, aún era de las pocas personas que prefería usar el método tradicional del telegrama.

A todo ello, se sumaba el misterioso contenido del mismo; decía que había fallecido un pariente, del que yo nunca había tenido noticias, y que al parecer, me había nombrado heredero universal. Instintivamente vino a mi memoria mi ascendencia escandinava, pues mi padre era oriundo de Suecia y, aunque no llegué a conocerlo en persona ni a saber nada más de él o de su familia, mi apellido siempre me recordaba mis orígenes.

En un principio pensé que como broma no estaba mal, a menos que fuese cierto, y se cumpliese uno de esos deseos ocultos inconfesables que solemos tener, donde esperamos recibir una gran herencia de un pariente lejano, y máxime cuando formamos parte de esa cifra tan odiosa que conforman los casi cinco millones de parados que hay en España.

El texto del telegrama, además de la sorprendente noticia, contenía una serie de condiciones:

“Para tener derecho a la herencia, deberá usted personarse en la torre Gunpowder del castillo Ringmuren, ubicada en la ciudad de Visby, en la isla de Gotland (Suecia), el día 30 de abril a las 24:00 horas, donde se llevará a cabo el trámite de la aceptación de la herencia, recibiendo toda la documentación concerniente a la titularidad de sus nuevas posesiones inmobiliarias y títulos nobiliarios”.

Confieso que me reconozco un total ignorante en todo lo concerniente a la historia de Suecia, obviando que gracias a las películas cinematográficas y a los documentales de la National Geographic, sabía que dicho país, además de la patria de mi padre, era lugar de origen de los temidos vikingos, pero fuera de esta minúscula información, nada más podía añadir.

Así que me dispuse a recabar información sobre el castillo Ringmuren, la ciudad de Visby, y la isla de Gotland.

No me resultó demasiado difícil averiguar que la construcción del castillo de Ringmuren se inició durante el siglo XIV y que, junto con la ciudad de Visby, es el conjunto medieval mejor conservado de todos los países nórdicos. Este dato, por si solo, ya me hacía sentir que valía la pena realizar el inesperado viaje, máxime si como decía la misiva, iba a ser el heredero universal de un pariente que, al parecer, había

ostentado una posición privilegiada en la aristocracia sueca. Pero, como si el enigmático albacea hubiese querido asegurarse mi comparencia, me adjuntaba la dirección de la agencia de viajes donde se encontraba un billete de avión a mi nombre, listo para ser usado a partir del mismo instante de la recepción del telegrama, lo que sin duda, facilitaría mi decisión de viajar hasta Visby, en Gotland, pues a falta de dinero y trabajo, no tenía otra cosa mejor que hacer.

Instintivamente miré el calendario: ¡era el 29 de abril, sólo tenía un día para preparar el viaje!

Estaba claro que si quería acudir a tiempo de aceptar y recibir la herencia, debería ir a recoger el billete ese mismo día, así que, sin pensarlo dos veces, me dirigí a la agencia de viajes indicada en el telegrama.

Todo transcurrió tal como estaba previsto; el billete de avión me fue entregado por la amable empleada de la oficina una vez me hube identificado con mi pasaporte. El vuelo de la compañía SAS salía de Barcelona a las 11:10 h. y tenía su llegada en Visby a las 18:25h. ¡siete horas y cuarto de vuelo!

—Señorita... ¿No hay otro vuelo más corto que sea directo...?

—Lo siento señor, su vuelo es el único más corto que hemos podido conseguir para hoy. El resto de vuelos son con escalas y su duración no es menor de 10 horas.

Bueno, me dije, quien algo quiere, algo le cuesta... y regresé a mi apartamento, con la intención de preparar el equipaje imprescindible para el viaje.

Por fin llegó la hora esperada y tomé el avión que me llevaría a la ciudad medieval de Visby. Durante el trayecto tuve tiempo de leer alguna revista especializada en viajes turísticos y que hacían referencia a Visby como un lugar de visita obligada, ya que pasear por sus antiguas calles medievales, equivalía a realizar un viaje en el tiempo. Conforme más leía al respecto, mayor interés despertaba en mí aquel enigmático viaje. Deseaba conocer que era lo que el destino me tenía reservado, e intuía que algo muy importante estaba a punto de sucederme.

El avión aterrizó sin novedad y yo me dirigí inmediatamente a la salida de los pasajeros pertenecientes a la Unión Europea, pues todo mi equipaje se encontraba en la maleta de mano que llevaba conmigo.

Nada más cruzar la puerta de salida, se acercó hasta mí un extraño individuo que parecía sacado de una novela de Bram Stoker, debido sobre todo a su aspecto tenebroso y a la vestimenta que portaba, más propia del siglo XIX que del siglo XXI.

— ¿El Sr. Alex Von Blixen, supongo...? —preguntó el misterioso personaje en un castellano cuasi perfecto, a excepción de un ligero acento extranjero.

— Sí, ¿cómo lo ha adivinado...? —inquirí expectante por conocer la respuesta.

— Sr. Von Blixen, no desearía parecer irrespetuoso pero, ustedes los españoles, son fácilmente reconocibles...

Admito que llegué a dudar de si dicho individuo se estaba burlando de mí, o es que realmente los españoles somos tan fácilmente identificables, a pesar de que por mi apellido quedaba claro que mi ascendencia no era precisamente española. Sea como fuere, lo cierto es que el enigmático personaje era parco en palabras.

— Bien, ¿y usted quién es...? —le espeté.

— Soy Erland, el mayordomo..., mejor dicho, era el mayordomo del malogrado Barón Eric Von Blixen, y estoy aquí para llevarle hasta Ringmuren y cumplir con la última voluntad de mi señor.

— Bien Erland, pues encantado de conocerle y agradecido por venir a recogerme.

— Gracias Señor... pero únicamente he cumplido con mi deber.

Erland me acompañó hasta el aparcamiento donde se encontraba estacionado el vehículo con el que nos íbamos a desplazar hasta el castillo; un flamante Volvo modelo V70 de alta gama, e iniciamos el viaje hacia Ringmuren.

Apenas habíamos recorrido los poco más de 3 kilómetros que separa el aeropuerto del centro de Visby cuando accedimos a la muralla por una de las puertas practicables.

—¿Toda esta gran muralla pertenece al castillo de Ringmuren, Erland?

— Ja, ja, ja... no Señor, Ringmuren no es un castillo, aunque a las murallas que usted está ahora viendo se le conozcan como “castillo de Ringmuren”. Esta muralla de piedra, de más de 3,4 kilómetros de longitud, y que rodea a toda la ciudad de Visby adoptando una forma pentagonal, se conoce con los nombres de “Muro de Circunvalación” o “castillo de Ringmuren” indistintamente, pues en su interior, el rey Eric de Pomerania, construyó en 1411 el castillo que dio nombre al lugar. La muralla aún conserva en buen estado gran parte de sus más de cuarenta torres medievales, así como contiene las ruinas de las que fueron grandes iglesias, como la de San Nicolás, lugar donde habrá de celebrarse el ritual final...

—¿Ritual final..., Ringmuren no es un castillo...? A ver Erland, te ruego que me expliques y aclares todo esto, pues me da la impresión de que vengo engañado...

—Discúlpeme Señor, seguramente no he sabido expresarme correctamente, mi castellano no es todo lo fluido que desearía...

—No Erland, ¡tu castellano es perfecto! Así que te exijo una explicación. ¿Por qué se me dijo que tenía que acudir al castillo de Ringmuren, si no es un castillo, y qué es eso de que ha de celebrarse un ritual final?

—Por favor Sr. Von Blixen, no me malinterprete. Lo del castillo de Ringmuren ya le he dicho que es el nombre con el que se conoce a la muralla, de hecho, si lo recuerda, se le ha citado en la Torre de Gunpowder, la cual se encuentra dentro de la muralla Ringmuren.

— Sí, eso es cierto... pero ¿y lo del ritual...?

—Bueno, eso no puedo decírselo yo, pues dependerá de si acepta la herencia...

—Reconozco que me he intranquilizado y hasta es posible que me haya alterado Erland, pero no me gustaría haber hecho este largo viaje para nada...

—Si el Señor me lo permite, le diré que estoy convencido de que este viaje lo marcará para siempre, y aunque por ahora no pueda decirle más, le ruego que confíe y espere a entrevistarse con el albacea.

—Bien Erland, haré lo que me propones, esperaré a conocer todos los detalles de boca del albacea.

—Señor, si no tiene inconveniente, tengo instrucciones de mostrarle nuestra ciudad, el puerto y la catedral de Santa María, una auténtica joya medieval construida en el siglo XII y reconstruida en el XIII. De hecho, fue el único templo que se libró de ser quemado por los alemanes, ya que el resto de iglesias, entre las que se encuentra la de San Nicolás, fueron todas destruidas por el fuego en 1525. Desde entonces se ha relacionado el nombre de Visby con la raíz del idioma nórdico antiguo “vi”, que significa “lugar de sacrificios”. Además, aún nos quedan más de cinco horas para acudir a la cita con el albacea, por lo que también tendrá tiempo de degustar la cocina tradicional de Gotland.

—Pues no te diré que hasta ahora es lo mejor que he oído, Erland. —respondí con cierta sorna.

Tal como Erland me había sugerido, visitamos el puerto medieval y la majestuosa catedral de Santa María, para acabar en un típico restaurante ubicado en las callejuelas medievales del casco antiguo de la ciudad. Hasta ese momento todo había sido amabilidad y complacencia, parecía que ante todo primaba disponer de un buen estado anímico, y a fe que el enigmático Erland lo estaba consiguiendo.

Mientras caminábamos cerca de la playa, observé que las gentes del lugar habían encendido varias fogatas, un hecho que me llamó la atención, pues yo únicamente tenía conocimiento de las famosas hogueras que se encienden con motivo de la celebración del solsticio de verano, coincidiendo con la festividad de San Juan, pero ahora estábamos a día 30 de abril y no tenía conocimiento de que en dicha fecha se celebrase alguna efeméride, aspecto que Erland se encargaría de actualizar para mi información.

— ¿Qué son esas hogueras Erland?

— Se trata de una antigua tradición... aquí se conoce como *Valborgsmässoafton* o simplemente *Valbor*, pronunciado en sueco. En castellano seguramente lo habrá escuchado alguna vez como “fuegos de celebración de la noche de Walpurgis”

— ¿La noche de Walpurgis? —inquirí.

— Existe una tradición vikinga en la que la fecha de hoy era considerada como la transición del invierno a la primavera. Los celtas la identificaban con la festividad de Beltane, en honor a Belenos, el dios del fuego. En dicha festividad se encendían fogatas con el fin de renovar con el humo a los pueblos y sus habitantes. Pero existen otras versiones menos prosaicas.

— ¿Y que dicen esas otras versiones Erland?

— Cuando el cristianismo llegó a estas tierras, dicha festividad fue absorbida por la onomástica de Santa Walpurgis o Walburga en el calendario sueco, a fin de evitar que fuese adoptada por algunas comunidades para uso de brujería, ya que se le atribuía un vago origen relacionado con el supuesto cumpleaños de Satanás. Según cuenta la leyenda, en esta época de transición equinoccial, durante la Edad Media, las brujas tenían la costumbre de reunirse en las inmediaciones del macizo del Harz, el cual forma parte de la cordillera más alta del norte de Alemania, para llevar a cabo sus aquelarres y, con el tiempo, esta costumbre se fue trasladando al resto de los países escandinavos. Aunque también existe otra versión que quizás sea la que para muchos tenga mayor sentido. Esta es la que recuerda la muerte de Odín, tal como se narra en la mitología de

las Eddas, donde aparecería la fecha de la noche de Walpurgis como el momento de la muerte del dios Odín, también llamado Wotan. Por tanto, en dicha fecha se desataría el caos en el mundo, propiciando que las barreras existentes entre las dimensiones de los vivos y los muertos dejaran de actuar como separadores, posibilitando el contacto entre muertos y vivos. Así, y a fin de evitar en dicha fecha el contacto con los muertos y fantasmas, los antiguos escandinavos encendían grandes fogatas, como símbolo de la luz, a fin de poder enfrentarse a las tinieblas del mundo sobrenatural.

— ¿Quieres decir que las gentes de hoy día siguen creyendo en esas supercherías?

— Supercherías o no, lo cierto es que la tradición no se ha perdido, y las gentes se sienten más seguras junto a las fogatas —puntualizó Erland-. Es más, en la Edad Media, los jóvenes sabían que en la noche de Walpurgis y en los días posteriores, debían evitar casarse porque durante ese período se corría el riesgo de contraer matrimonio con una aparecida o con una mujer embrujada del Otro Mundo.

— Bueno Erland, entiendo que este tipo de leyendas y supercherías tuviesen cierta aceptación en la Edad Media, pero hoy día en pleno siglo veintiuno, me parece absurdo e increíble que alguien pueda seguir creyendo en ello.

Erland se mantuvo en silencio, y supuse que lo hacía por darme la razón. Hizo un gesto con el dedo, señalando el reloj, a la vez que indicaba que había llegado la hora de partir hacia la cita prevista en la Torre de Gunpowder, y en mi interior, no podía evitar sentir cierto nerviosismo.

Después de un corto trayecto, Erland, estacionó el Volvo frente a la entrada de un gran torreón con la cúpula en forma de pirámide, y que supuse sería la Torre de Gunpowder.

—Ya hemos llegado Sr. Von Blixen. Acompañeme por favor.

Después de abrir una pequeña puerta de hierro, Erland avanzó delante de mí, iluminando el camino con una pequeña linterna que extrajo de su bolsillo, mientras me invitaba a subir los peldaños de una vieja escalera en espiral.

— Tenga cuidado Señor, estas escaleras son muy antiguas y puede que algún escalón se mueva...

— Ya me he dado cuenta Erland... pero no temas, me he sujetado a la pared.

Al final de la escalera apareció una estancia iluminada por la tenue luz de alguna vela, a la que Erland me invitó a penetrar. En el centro de la misma había una mesa y sobre la misma un candelabro con cinco brazos que iluminaba la estancia. Dos grandes sillones antiguos de madera aparecían a ambos lados de la mesa.

— Bien, Señor Von Blixen, ya he cumplido con mi misión. Ahora le ruego que tome asiento y espere unos instantes, no creo que el albacea demore su presencia.

— ¿Pero voy a estar aquí solo...?

— No tema Señor... sólo serán unos instantes, yo esperaré abajo, junto al coche por si mis servicios le son necesarios.

— Bien Erland, gracias por todo.

No tuve que esperar demasiado, al cabo de unos instantes, tal como había anunciado Erland, la puerta del otro extremo de la habitación emitía un típico chirrido al ser empujada por alguien que accedía a la estancia. Conforme la extraña figura humana que acababa de cruzar el umbral de la puerta se acercaba al centro de la habitación y la luz de las velas iluminaban su cuerpo y su rostro, observé como la misteriosa silueta adquiría un aspecto fantasmal, por lo que no pude reprimir sentir una extraña sensación de inquietud y, porqué no decirlo: temor a lo desconocido.

Pero ahora me encontraba allí, y debía conocer cual había sido el verdadero motivo que me había llevado a aceptar esta extraña situación, por lo que presté toda mi atención a aquella voz grave que parecía salir de ultratumba y que me daba la bienvenida...

— Buenas noches Señor Alex Von Blixen... bienvenido a Ringmuren.

— Buenas noches Señor... —alargué la frase con la intención de que el extraño personaje me indicará su nombre.

— Discúlpeme Alex, aunque Erland me habrá identificado como el albacea, en realidad soy el Barón Eric Von Blixen.

— ¿Cómo... no era usted mi pariente difunto?

— Sí, discúlpeme de nuevo el pequeño engaño, pero era necesario para asegurarme que usted acudiría a mi llamada.

— Supongo que ahora de nada me valdrá quejarme... y encima tampoco existirá la supuesta herencia... —dije en tono resignado.

— No, eso no, la herencia sí existe... de hecho, únicamente puede heredarla usted.

— Pues le estaría muy agradecido si tuviera la amabilidad de explicarme...

— Sí, sí, por supuesto... es lo que pensaba hacer ahora mismo.

— Bien, soy todo oídos...

— Pues verás Alex... permíteme que te tutee, pues en realidad somos parientes.

— Como usted desee... aunque yo le llamaré Señor Barón, si no le importa.

— De acuerdo Alex, pues tal como te decía, en realidad eres mi sobrino, hijo de mi hermano menor Gustav Von Blixen.

> Gustav era, por así decirlo, la oveja negra de la familia. Se marchó de la casa familiar cuando apenas cumplió la mayoría de edad, dedicándose a viajar por todo el mundo hasta agotar la parte de su herencia que le correspondía. Fue así como acabó en España, donde contrajo matrimonio con tu madre una vez supo que se encontraba embarazada de ti. Gustav se había acostumbrado a lujos caros que ya no podía permitirse y ello le llevó a contraer grandes deudas con personajes peligrosos. El caso es que tuvo un desgraciado "accidente" en el que perdió la vida, poco antes de que tú nacieras, por eso nunca has tenido noticias de tu familia escandinava.

— Bien Señor Barón, hasta aquí lo entiendo... pero ¿dónde encajo yo en la supuesta herencia, y de quién voy a heredar, si mi padre falleció arruinado?

— De mí Alex, vas a heredar de mí, si aceptas lo que tengo que proponerte.

— Pues soy todo oídos Señor Barón...

— Como ya supondrás, yo no he tenido descendencia, de hecho, al morir mi joven esposa, perdí toda ilusión por volver a contraer matrimonio, así que me he pasado la mayor parte de mi vida prácticamente enclaustrado en mi mansión, hasta el año pasado, en que accedí a participar en un ritual mágico en donde conocí a la mujer más hermosa que jamás haya imaginado, y como habrás adivinado, me ha robado el corazón... ¡y la vida!

— ¡Entonces perfecto Señor Barón! Aunque lo de robarle la vida imagino es en sentido figurado, ¿cuál es el problema?

— ¡Ah, mi querido Alex! Si tú hubieses visto tanta belleza como yo vi allí, estoy convencido de que también habrías perdido el corazón y la razón...

— Bueno, no dudo de que fuese así, pero eso ya no lo sabremos...

— ¡Por supuesto que lo puedes saber Alex! Precisamente esta noche se repite el mismo ritual al que asistí el año pasado, y donde espero poder unirme en cuerpo y alma con mi amada por toda la Eternidad.

— Pero no lo acabo de entender Señor Barón, ¿qué tengo que ver yo en su decisión de unirse con su amada?

— Querido Alex, como ya te habrá informado Erland, hoy es la noche de Walpurgis, y es en esta noche cuando puede llevarse a cabo todo lo que te he comentado. Ahora no puedo darte más explicaciones, pues necesito saber que aceptas la herencia que te dejaré y a la que tendrás que salvaguardar por los tiempos de los tiempos, hasta que delegates la obligación que ahora aceptases en un descendiente tuyo, tal como ahora hago yo contigo. Esta es la única condición.

— ¿Y cuál sería la herencia y en qué consistiría mi obligación?

— Heredarías el título de Barón, así como todas las propiedades que poseo en Suecia y a cambio, sólo deberás custodiar la cripta de la familia que se encuentra en el cementerio próximo a las ruinas de la antigua iglesia de San Nicolás, hasta que decidas legar todos tus bienes al descendiente heredero que elijas, tal como hago ahora yo contigo.

— Bien, no parece que sea muy complicado —repuse— ¡acepto!

— ¡Excelente Alex! Pues en este caso, deberemos ir inmediatamente a la antigua iglesia de San Nicolás, ya que es allí donde deberá realizarse el ritual que te he comentado.

Salimos de la Torre de Gunpowder por las mismas escaleras por las que había subido al llegar. Abajo nos estaba esperando Erland junto al Volvo, quien nos conduciría hasta las ruinas de la antigua iglesia de San Nicolás.

Nada más llegar al lugar y bajar del automóvil, me pareció escuchar el canto de unos monjes, por lo que le lancé la pregunta al Barón.

— Disculpe Señor Barón, me ha parecido escuchar el canto de un monje... ¿es posible que a estas horas de la madrugada esté algún monje cantando?

— Estimado Alex, entre estas ruinas de San Nicolás todo es posible. De hecho, el cántico que has escuchado se debe al monje cantor de Visby, un monje que nunca dejó de cantar mientras vivía...

— ¿Quiere decir que lo que he oído es la voz de un fantasma, Señor Barón?

— ¿Tú sabrías distinguir a un ser fantasmal de otro vivo, Alex?

— ¡Por supuesto Señor Barón!

— Bien, Alex, bien... Vayamos al interior de la iglesia.

Al penetrar entre las paredes de la derruida iglesia, noté como si una extraña energía me envolviese, parecía como si el tiempo se hubiese detenido por completo y el silencio se apoderase del lugar.

En el centro del recinto apareció una especie de altar, y sobre el mismo varias velas encendidas con extraños símbolos que creí identificar con las runas celtas. También había dos copas doradas, adornadas con piedras preciosas que reflejaban la luz de la Luna.

El Barón me hizo una señal para que me acercase hasta el altar, y una vez allí, tomó una de las copas y bebió de ella. A continuación me la ofreció para que yo hiciera lo mismo y, sin saber como, seguí su indicación, bebiendo aquel extraño brebaje.

Apenas transcurrieron unos segundos cuando empecé a sentir que mi cuerpo flotaba en el aire, me sentía liviano, extasiado... nunca había sentido tanta paz y felicidad.

No había acabado de asimilar la situación cuando, de entre las derruidas paredes del recinto, aparecen una serie de hermosas doncellas en dos filas, ataviadas con bellos vestidos y portando cada una de ellas una vela encendida. Conforme se me van acercando noto una brisa en el rostro que hace mover mi cabello. Las doncellas pasan a cada lado de mí, dejándome en medio de ellas. Al final de la comitiva distingo a una nueva doncella, ésta es mucho más hermosa que el resto y, conforme se va acercando hasta mí, siento una gran fuerza que me empuja hacia ella. Ahora ya está frente a mí, me mira con sus ojos negros, brillantes como luceros, y sin mediar palabra, me besa en los labios, dejándome el sabor de la miel más dulce que jamás haya probado.

Ya no importaba lo que ocurriese a mi alrededor, las palabras del Barón ahora cobraban fuerza; ¡había perdido el corazón y estaba a punto de perder la razón!

El beso de aquella hermosa mujer me dejó sin aliento, inmóvil y sin capacidad alguna de reaccionar. De hecho era incapaz de mover un solo músculo de mi cuerpo, hasta que sentí como sus blancos colmillos se clavaban en mi cuello, justo sobre la yugular, para succionar el líquido vivificante, la sangre vital que tanto anhelaba la mujer vampiro.

La visión se volvió borrosa y apenas pude distinguir el resto de la escena, sólo recuerdo que el Barón se acercó hasta mí, y acercándose al oído me susurró: “ahora ya eres uno de los nuestros, querido sobrino”.